

¿NOS ATACAN?

¡Nos atacan!

¡Si, nos atacan! ¿Quién? Mmmmm, pffffff... ¡no lo se! Los terroristas de “Aliqueda”, los extraterrestres, los intraterrestres (¿?), los “blacman” esos... ¡Yo qué coño se! ¿La Tía, el Cagebe, el Doctor No... algún malo que se quiere adueñar del mundo?, descarto por supuesto al señor “Brush”, no necesita aspirar a ese puesto que ya ocupó y que luego hubo de ceder a su colorido colega.

Bueno, el caso es que nos atacan. Y lo digo con conocimiento de causa, pues el otro día fui testigo en la vía pública de un suceso que los medios de comunicación han callado descaradamente, quizás siguiendo consignas de la Autoridad, que no desea que se alarme a la población bajo ningún pretexto.

Paso a relatar los hechos como los viví, sin añadir ni quitar un ápice. Viajaba yo aquella mañana en un autobús de la EMT, cuya línea prefiero silenciar, cuando en un santiamén se precipitaron los acontecimientos.

El autobús iba atestado, como casi siempre. Más gente de pie que sentada, entorpeciendo los viajeros unos a otros para subir o bajar.

Todo caras largas, odio, asco, aversión. Unos, te asesinarían por rozarles si no fuera porque luego iban a tener problemas con la Justicia. Pero en fin, al final te perdonan la vida, ¡qué remedio!

En el mejor de los casos miradas altivas, curiosas, furtivas, burlescas, temerosas, somnolientas, hasta indiferentes, ninguna que exprese una mínima afectividad hacia el hermano embarcado en el mismo desazón diario.

Todo es un trasiego de gente que sube por la puerta de delante o, contra la norma, baja, alegando excusas reales o imaginarias, y desciende por la de detrás, a veces también se cuelan por ella.

Constantemente personal estorbando o atropellándote en las cercanías de esa puerta trasera. Y la machacona pregunta de siempre, “¿va a bajar?”, tan resumida que es susceptible de ser incorrectamente interpretada- todo el mundo va a bajar alguna vez- o como mucho la más correcta, “perdone, ¿va a bajar a la próxima?”, seguida de un, “gracias”, si notamos colaboración. O la muy abreviada, “¿baja?”, o peor, “¿bajas?”, todas ellas emitidas con la conveniente intención de que el público se remueva, sin necesidad de tener tú que desplazarlos a la viva fuerza.

Pero lo que más duele a los usuarios, reconozcámoslo, es que te formulen la cuestión en aquellas ocasiones en las que la respuesta afirmativa es por completo evidente.

Pues justamente en las cercanías de aquella saturada puerta trasera comenzó todo.

Imagínense al personaje, un hombre delgado hasta la escualidez y de baja estatura, pero muy cabezón. En el rostro unas grandes gafas de pasta, completamente pasadas de moda, con unos cristales de auténtico culo de vaso, una boquita pequeña, de labios muy apretados... vamos, para el que la recuerde, la viva imagen de uno de los personajes en que muta el cómico de un conocido dúo televisivo que ahora trabaja en solitario.

Pues bien, el caricaturesco personaje, situado a pocos metros de la puerta de bajada, pidió permiso para apearse a un señor del tamaño de un armario, tan alto y ancho, parado con mucha pachorra en mitad del pasillo. No fue aquella voz de pito,

en consonancia con la fruncida boca, lo chocante, creo yo, aunque algo contribuiría al desenlace final, sino el largo mensaje emitido. Textualmente:

- Por favor señor mío ¿va usted a apearse en la próxima parada en que se detenga el autobús o se encuentra ahí detenido con el único ánimo de estorbar el paso al pasaje descendente?

Aquellas treinta y cuatro palabras, dichas así, una tras otra sin mediar pausa, retumbaron en todo el autobús, no por su volumen, sino por su agudeza chirriante.

Instante de silencio sepulcral en el que se contuvieron las respiraciones, sólo alterado por el ronroneo del motor del bus y el atenuado rugido del tráfico exterior, cabezas que se vuelven buscando el objeto emisor de tal modulación y semejante locución, ojos abiertos de pasmus.

El aludido, entretanto, enrojecía de ira y vergüenza, a partes iguales, por momentos, mientras pensaba si arrancar la cabeza de aquel osado mequetrefe que había turbado su amor propio.

Y, de repente, el detonante. Es posible que entre el estupefacto público existiese ya algún esbozo de risa contenida, aunque me inclino por pensar que en ese primer segundo quizás era mayor la indignación por haber tenido que soportar aquel incómodo pito emisor de tan ridículo alegato, adueñándose injustificadamente de su atención.

Pues bien, ¡el detonante! Alguien no pudo contenerse más y soltó una explosiva, escandalosa, carcajada. Aquel gordo se desternilló en solitario durante tres o cuatro segundos, no creo que durase más. Y ese fue el tiempo que tardó en producirse la “deflagración” de todo el autobús. Para ser exacto, la explosión hilarante de todos sus ocupantes.

Por simpatía, por contagio, por contacto, por no quedar mal, por demostrar que uno ríe mejor y más alto, por desahogarse de todas las frustraciones habidas y por haber, por hermanarse con el resto de los pasajeros en una ocasión única en la vida, no lo se, ¿por todo ello?, el caso es que la generalidad de los presentes, como llevados por una reacción en cadena, en un brevísimo intervalo, reían a mandíbula batiente. Yo también, pero creo que con más control que la mayoría, por eso quizás puedo relatar el acontecimiento.

Yo vi como una joven turista francesa, sujeta con una mano a la barra, se partía de costado por la “guisa”, reconociblemente francófona. Yo vi a un desaliñado estudiante veinteañero, doblarse hacia delante por la cintura hasta casi tocar el suelo con la cabeza. Yo vi a una señora cincuentona despatarrada por el suelo convulsionándose de hilaridad mientras mostraba a la buena de Dios el color de sus bragotas...

Y mientras, el curioso antihéroe causante del alborozo, una vez tomada conciencia del barullo que acababa de provocar, y quizás orgulloso de su estúpida hazaña, empezó a emitir una especie de sonsonete cacofónico secuencial y espaciado, para colmo escandaloso, a modo de risa. Algo así como: Hemp... hemp...hemp. No se si me explico, como si fuera un hipo grotesco, sólo que no era hipo, era la risa más sandia y obtusa jamás escuchada.

Ese estólido ronquido, tuvo unas consecuencias funestas. La gente, al escucharlo, tuvo nuevos fundamentos para partirse, doblarse y revolcarse de hilaridad desenfundada hasta perder toda noción de realidad. Cada uno de aquellos dramáticos ecos, espoleaba el sentido cómico de todas las mentes involucradas en el extraño atentado.

El conductor del autobús, estupefacto por lo que estaba ocurriendo a sus espaldas y podía seguir perfectamente por los diversos retrovisores internos,

empezaba también a contagiarse de aquella sensación extraña previa al arrebato desternillador.

Por precaución, intuyendo que él iba a caer en el mismo paroxismo en que todos los ocupantes del vehículo parecían inmersos, activó las luces de emergencia, frenó y quitó la marcha. Y al tiempo, mientras estaba más pendiente de sus espaldas que de lo que tenía delante, dio un pequeño volantazo para hacer subir al autobús a la acera y así apartarlo del carril. Mas no le dio tiempo a detenerle del todo, ni tampoco a accionar el freno de estacionamiento, porque sus ojos descubrieron por fin al único ocupante que permanecía firme en su posición, sin revolcarse como los demás.

¡Ese! ese extraño hombrecillo, sin duda el objeto de la portentosa chanza, el mismo que desparramaba por la cabina esas sonrisas singulares impropias de un humano corriente y más asimilables a las que prorrumpiría un ninot de las Fallas... El chofer pues, explotó de risa sin posibilidad de contención, con carcajadas tan violentas que asemejaban las convulsiones de un hemipléjico.

El bus, al que la inercia aún impulsaba, fue a chocar a la velocidad de 2 Km por hora contra un árbol del paseo. Y el ridículo encontronazo que se produjo realimento como si fuera una inyección de combustible, las energías devoradoras que consumían a todos... menos a uno.

Llegó un momento, pasado ya aquel en que la risa se confundía con el llanto, en que el personal, cual infante de brazos, terminaba por quedar privada de respiración y de sentido...

No tengo conciencia clara de la evolución posterior de los hechos, supongo que algún viandante, testigo del extraño suceso, llamaría a los servicios de emergencia que no tardarían en personarse.

Mientras me atendían los sanitarios, contaba con el discernimiento suficiente como para poder jurarles por mi honor, que sólo hubo una persona que salió por su propio pie del autobús. ¿Imaginan quien era?

¡Si, si!, ese mismo, aquel patético personaje que pretendía bajar en la próxima estación a la que nunca llegamos, el de la pregunta absurda y la voz de pito, el de la risa retenida y secuenciada. Nada más que, evidentemente transformado. Las gafas de pasta con cristales de culo de vaso habían desaparecido de su rostro y su boquita fruncida de piñón se había convertido en una amplia sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, hasta parecía más alto y menos cabezón.

Ahora, tras mucho meditar, no es que lo sospeche, lo se, lo afirmaré incluso ante los tribunales si me preguntan: era uno de ellos... Ya digo, no se de que "ellos", pero sin duda de algún grupo de esos que nos atacan para adueñarse de ¿nuestro? planeta.